

En Bogotá 200 años después

LILLY BARCELO SIFONTES*

Volvemos a encontrarnos en el llamado del Libertador Simón Bolívar, doscientos años después, esta vez en Bogotá, el territorio de los chibchas, bajo el amparo de Bachué, la "madre del linaje humano", en esta capital de la Gran Colombia, soñada en Guayana, en Angostura, hoy Ciudad Bolívar, a orillas del Orinoco, mi padre río, porque desde él venimos hasta Bogotá, de ese río de las siete estrellas de donde partió Bolívar a realizar la gran utopía de la libertad y de la integración latinoamericanas, esa unificación continental basada en la diversidad de la América española, herencia de nuestras naciones indígenas que oscilaban entre la orfebrería y la cerámica quimbaya, la confección de joyas de filigrana de oro del calima o el tejido especializado en algodón del chibcha sintetizado en los cultos a Bochica "creador de la civilización y de las artes" o a Nemqueteba, introductor del culto al sol.

Volvemos a encontrarnos en un mundo, que a semejanza del de los orígenes, necesita de la luz de Chiminigagua, nos reunimos, nuevamente en los sueños de Bolívar que comienzan por la inteligencia de unos pensadores que recogen el legado universal de su pensamiento, su actividad sin treguas, su visión de un futuro que debería hacer realidad la unión de nuestra América, para no ser nunca más centro de conflictos de las grandes potencias o lugares de disputas de los Estados poderosos que no nos permiten la escogencia de nuestros destinos ni la autodeterminación de nuestros pueblos en la coexistencia pacífica.

Otro ha sido el mundo donde nos ha tocado vivir fuera de la previsión bolivariana de la integración. Esta América nuestra se ha convertido en el centro, el objetivo, de la codicia de los poderosos que nos dominan, nos some-

* Escritora venezolana, ensayista sobre Bolívar, miembro de la Academia Venezolana de Historia, directiva de SOLAR.

ten, nos derrotan y "nos llenan de miserias en nombre de la libertad", como lo ratificó el Libertador en las predicciones constantes que nos dejó para que no olvidemos jamás el deber que tenemos al enfrentar enemigos comunes que han hecho del neocolonialismo la única meta de sus relaciones con América Latina.

Salvo Simón Bolívar, nadie pensó que, doscientos años después, lamentaríamos nuestra convivencia entre fronteras artificiales que nos convierten en presas fáciles de los imperios que basan en la explotación de otros pueblos su propia grandeza.

Este Bicentenario del nacimiento del Libertador nos conduce de la mano a meditar, a reflexionar, para convertirnos en vigilantes ciudadanos latinoamericanos capaces de iniciar en esta América meridional la toma de conciencia necesaria y urgente que hoy requiere esta parte del mundo para evitar el holocausto que parece iniciarse por el Caribe y Centro América.

Un buen paso, una iniciativa de grandes ambiciones hemos visto en las

diligencias del Grupo Contadora y, muy especialmente, en el empeño por la paz de su Excelencia el Presidente Belisario Betancur. Este Grupo de Contadora que sólo cuenta con el poder moral de sus llamados y proposiciones en favor de la paz que merecen nuestros pueblos.

Hoy volvemos a encontrarnos en este Primer Congreso de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe (SOLAR) con el mismo propósito: la búsqueda de la integración y de la paz de estas naciones que parecen estar necesitando de Ramiriquí e Iraca para que nos brinden, nuevamente, la luz que ilumine nuestras noches de conflictos que pueden ser superadas con los sueños de libertad, doscientos años después.

Volvemos a encontrarnos, en este continente de utopías y de sueños, para ratificar el ideario de nuestro Libertador entre pensadores, políticos, estudiosos, críticos y latinoamericanistas, ansiosos de restablecer un nuevo orden cultural basados en la identidad, la integración y el humanismo bolivarianos.